

**ANTOLOGÍA  
DE LAS  
MEJORES  
NOVELAS  
POLICÍACAS**

**TOMO X**

«Antología de las mejores novelas policíacas» en XVIII volúmenes, publicada entre los años 1958 y 1982 por la editorial ACERVO.

# Índice de contenido

## Cubierta

Antología de las mejores novelas policíacas - Vol. X

Una ilusión en rojo y blanco (Stephen Crane)

La mujer leopardo (Dorothy L. Sayers)

Si esto es locura (Lawrence Sanders)

Sospechoso número uno (Richard Deming)

Justicia rústica (John Faulkner)

Profesión: asesino (Jack Ritchie)

Asesino a sueldo (José M.ª Aroca)

El joyero chino (José M.ª Aroca)

Trampa mortal (Fredric Brown)

El cumpleaños de Granny (Fredric Brown)

Nadie al teléfono (Robert Arthur)

Asesinato en el muelle (Budd Schulberg)

La muerte por unas manos invisibles (John Dickson Carr)

Culpable inocente (Amadeo Ferrés Marsal)

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

IX

X

XI

El hombre de la mesa (C. B. Gilford)

Una historia de fantasmas (Henry Kane)

La llamada (Paul Sartoris)

Lucha leal (Cornell Woolrich)

Notas

# UNA ILUSIÓN EN ROJO Y BLANCO

Stephen Crane

**D**URANTE las largas noches del bloqueo de Cuba, los hombres que iban a bordo de aquel pequeño y basculante aviso intimaban tanto como si hubiesen sido enterrados en el mismo ataúd. Corresponsales que en Nueva York se comportaban como individuos vanidosos y egoístas, se convertían en personas amables y sencillas. Cada uno de ellos contaba todo lo que sabía, y a veces más. Este relato se lo debo a uno de los astros más brillantes del periodismo neoyorquino.

Ahora, así es cómo imagino que sucedió la cosa. No sé si ocurrió de este modo, pero así es cómo imagino que sucedió. Y siempre me ha parecido una historia muy interesante. Llevaba poco tiempo en el periódico cuando el editor me encargó la información en un interesante caso de asesinato.

Lo ocurrido era lo siguiente: en un apartado condado del Estado de Nueva York, un granjero cobró un gran aborrecimiento hacia su esposa; un día entró en la cocina armado de un hacha, y en presencia de sus cuatro hijos descargó un hachazo sobre la nuca de su esposa. Esto sucedió a primera hora de la mañana, pero el granjero ordenó a sus hijos que se fueran a la cama. Entonces trasladó el cadáver de su esposa a un bosque cercano y lo enterró.

El granjero en cuestión se llamaba Jones. Su hijo mayor se llamaba Freddy. Una semana después del asesinato, un vecino que vivía en una granja apartada pasó por delante de la casa en su carreta y vio a Freddy jugando junto al camino. Se detuvo y le preguntó al muchacho qué tal marchaba la familia Jones.

—Todos estamos perfectamente —respondió Freddy—. Todos... menos mamá, que está muerta.

—¿Muerta? —exclamó el asombrado granjero—. ¿Cuándo murió, y de qué?

—¡Oh! —respondió Freddy—. La semana pasada, un hombre de pelo rojo y grandes dientes blancos entró en la cocina y mató a mamá con una hacha.

El granjero se indignó con el muchacho al oír aquella fábula infantil que no tenía sentido, y se marchó gruñendo contra la fantasía de los muchachos, que en este caso era una fantasía macabra. Pero aquella misma noche contó el incidente en una taberna, y cuando la gente empezó a echar de menos la familiar figura de Mrs. Jones en la iglesia metodista los domingos por la mañana, no pararon hasta que se abrió una investigación. El granjero Jones fue detenido por asesinato, y el cadáver de su esposa fue rescatado de su tumba en el bosque y enterrado por su propia familia.

El principal interés se centra ahora en los muchachos. Los cuatro declararon que se hallaban en la cocina en el momento del crimen, y que el asesino tenía el pelo rojo. El virtuoso Jones tenía el pelo gris. Los muchachos aseguraron también que los dientes del asesino eran grandes y blancos. Jones sólo tenía ocho dientes, pequeños y ennegrecidos por el tabaco. Las manos del asesino, según los muchachos, eran blancas. Y las manos de Jones tenían el color de las nueces negras. Los niños repitieron una y otra vez, llorando, la descripción, sin incurrir en contradicciones esenciales y sin dar en ningún momento la impresión de

que recitaban una lección aprendida de antemano, cosa que hubiese podido despertar sospechas.

Los niños fueron puestos al cuidado de algunas mujeres, las cuales les atendieron cariñosamente, mientras unos estúpidos detectives les interrogaban incansablemente. Las respuestas eran siempre las mismas: el asesino tenía el pelo rojo, grandes dientes blancos y manos también blancas. Jones permanecía sentado en su celda, con la barbilla tristemente hundida en el pecho. Dijo que no sabía nada del asesinato. Creyó que su esposa se había marchado a visitar a algún pariente. Había disputado con ella, y ella le había dicho que iba a marcharse una temporada a fin de darle tiempo a reflexionar. ¿Había visto la sangre en el suelo? Sí, había visto la sangre en el suelo. Pero el día de la desaparición de su esposa había matado un conejo y creyó que la sangre era del animal. ¿Qué le habían dicho sus hijos cuando regresó del campo? Le habían hablado de un hombre de pelo rojo, grandes dientes blancos y manos blancas. A la pregunta de por qué no informó a la policía del condado, respondió que no había creído que valiera la pena molestar a la policía por una cosa que no tenía importancia. Desde luego, odiaba a su esposa y se alegraba de haberse librado de ella. Creyó que su esposa le había abandonado; y nunca prestó crédito a la fantástica historia que le contaron sus hijos.

La mayor parte de la gente estaba convencida de la culpabilidad de Jones, pero un sector opinaba que Jones era un hombre rudo y brutal, sí, pero no un asesino. Por otra parte, los niños no pueden mentir, y los hijos de Jones, al ser interrogados, habían declarado que el asesinato había sido cometido por un hombre de pelo rojo, grandes dientes blancos y manos blancas. Yo mismo hablé varias veces con los muchachos, y quedé sorprendido del poder convincente de su fantástica versión de los hechos. Brillando en las profundidades de aquellos límpidos ojos infantiles, uno

llegaba a ver la imagen de un hombre de pelo rojo, grandes dientes blancos y manos blancas.

Ahora voy a decirles lo que sucedió..., cómo imagino que sucedió. Poco después de haber enterrado a su esposa en el bosque, Jones regresó a la casa. Al no ver a nadie, llamó del modo acostumbrado: «¡Madre!». Los chiquillos se presentaron ante él, temblando. «¿Dónde está vuestra madre?», preguntó Jones. Los chiquillos le miraron con expresión asustada. Freddy tomó la palabra: «Estábamos en la cocina, entraste tú y golpeaste a mamá con un hacha; y luego nos enviaste a la cama». «¿Yo? —exclamó Jones—. No he estado cerca de la casa desde la hora del desayuno».

Los chiquillos no supieron qué contestar. Sus mentes infantiles conservaban la idea de que el hombre del hacha era su padre, pero su padre lo negaba, y, por lo tanto, no podía ser cierto. El problema era superior a su capacidad de raciocinio.

¿Qué aspecto tenía ese hombre? —preguntó Jones.

Freddy vaciló.

—Era..., se parecía mucho a ti, papá.

—¿A mí? —dijo Jones—. ¿No has dicho que tenía el pelo rojo?

—No, no he dicho eso —respondió Freddy—. Pensé que tenía el pelo gris, como tú.

—Bueno —dijo Jones—, he visto a un hombre de pelo rojo que se alejaba por el camino, y pensé que tal vez podía haber sido él.

La pequeña Lucy intervino entonces con profundo convencimiento:

—Su pelo era un poco rojo, papá. Yo lo vi.

—No —dijo Jones—. El hombre que yo vi tenía el pelo muy rojo. Y, ¿qué aspecto tenían sus dientes? ¿Eran grandes y blancos?

—Sí —respondió Lucy—. Grandes y blancos.

Incluso Freddy se sintió inclinado a reconocerlo así:

—Creo que sus dientes eran blancos y grandes, papá.

Jones no habló más del asunto, de momento. Más tarde les dijo a los chiquillos que su madre se había marchado a hacer una visita, y ellos lo aceptaron, aunque en su mente no acababan de encajar del todo las piezas de aquel *puzle*. Jones realizó sus tareas como si no hubiese pasado nada.

Al día siguiente, mientras estaban desayunando, Jones le dijo a la pequeña Lucy:

—¿Te fijaste bien en el hombre de pelo rojo y grandes dientes blancos? ¿Notaste algo más en él?

Lucy se irguió en su silla y mostró el infantil deseo de proporcionar alguna valiosa información que mereciera la aprobación de su padre.

—Tenía las manos blancas..., unas manos muy blancas.

—¿Es verdad eso, Freddy? —preguntó al muchacho.

—No me fijé mucho en ellas, pero creo que eran blancas.

—¿Y qué nos dice la pequeña Marta? —inquirió el cariñoso padre—. ¿Viste tú al hombre malo?

Marta, que sólo tenía cuatro años, respondió solamente:

—Su pelo era rojo, y su mano era blanca..., muy blanca.

—Ése es el hombre que vi alejarse por el camino —le dijo Jones a Freddy.

—Sí, tuvo que ser él —dijo el muchacho, con el cerebro completamente embrollado.

Desde el punto de vista de los chiquillos, los adultos actúan de un modo incomprensible. Por ejemplo, ¿puede haber algo más incomprensible que un hombre dueño de dos caballos ande todo el día por el Campo, golpeando la tierra con una azada? Y, ¿por qué cortan la hierba más larga y la meten en un granero? Y así por el estilo. La vida y los actos de los adultos son profundamente misteriosos. Por lo tanto, si un hombre de pelo rojo, grandes dientes blancos y manos blancas había descargado un hachazo sobre la nuca de su madre, se trataba simplemente de un fenómeno perteneciente al misterio de la vida adulta. El pequeño Henry,



cuando tenía un deseo, gritaba y golpeaba la mesa con su cuchara. Esto era para él la vida. El hecho de que su madre hubiese sido asesinada no le afectaba en absoluto.

Un día, Jones, que no había hablado más con sus hijos del hombre de pelo rojo, les dijo súbitamente:

—Vamos a ver, hijos míos. Me he estado preguntando si os habréis equivocado. ¿Estáis absolutamente seguros de que aquel hombre tenía el pelo rojo, grandes dientes blancos y manos blancas?

Los chiquillos protestaron airadamente.

—¡Desde luego, papá! —dijo Freddy—. No nos equivocamos. Le vimos como te estamos viendo a ti.

Más tarde, la mente del propio Freddy empezó a trabajar por su cuenta. La imagen del hombre de pelo rojo, grandes dientes blancos y manos blancas fue concretándose en ella, y la prolongada ausencia de su madre le intrigó más y más. De repente, se le ocurrió la idea de que su madre estaba muerta. Freddy sabía lo que era la muerte. En cierta ocasión había visto un perro muerto; también había visto ratones, gallinas y conejos muertos. Un día le preguntó a su padre:

—Papá, ¿volverá mamá a casa?

Jones dijo:

—Creo que no, hijo mío.

Esta respuesta confirmó al muchacho en su idea. Sabía que las personas que mueren no vuelven a sus casas.

La actitud de Jones hacia la historia del hombre del hacha era muy singular. Se mostraba incrédulo. Protestaba contra el convencimiento de los chiquillos, pero no consiguió que cambiaran su versión. Estaban absolutamente convencidos de haberlo visto.

La historia, en realidad, termina aquí. Pero quiero añadir algo que les divertirá. El jurado condenó a Jones a morir en la horca, y su veredicto fue completamente justo: antes de morir, Jones confesó. Freddy es ahora un respetable comerciante de Ogdensburg. Y lo curioso del caso es que es-

tá convencido de que la confesión de su padre fue una mentira. Considera a su padre como una víctima de la estupidez de los jurados, y tiene la esperanza de encontrar, algún día, al hombre de pelo rojo, grandes dientes blancos y manos blancas, cuya imagen permanece grabada en su memoria con tal nitidez, que podría localizarle en medio de una multitud de diez mil hombres.

## LA MUJER LEOPARDO

Dorothy L. Sayers

Si el niño le estorba —dijo una voz al oído de Tressider—, vaya al Rapallo y pregunte por Smith & Smith.

Tressider dio un respingo y miró a su alrededor. No había nadie cerca de él..., a excepción del dependiente del quiosco de periódicos y del anciano caballero con gafas absorto en la lectura del *Blackwood*. A un par de metros de distancia, un mozo con aire de fastidio explicaba a una mujer de aspecto decidido y a un hombre bajito y apocado que el tren de las 5,30 ya había salido y que no habría otro hasta las 9,15. Los tres eran completamente desconocidos para Tressider. Se encogió de hombros. Debió haber sido su propio subconsciente el que se había manifestado de aquel extraño modo. Tenía que vigilarse a sí mismo. Los deseos ocultos que se revelan en forma de audibles susurros pueden conducir a Colney Hatch... o a Broadmor<sup>[1]</sup>.

Pero, ¿qué diablos podía haberle sugerido los nombres de «Rapallo» y «Smith & Smith»? Rapallo... parecía el nombre de una ciudad italiana. Pero la palabra le había llegado como «al» Rapallo, como si fuera el nombre de un establecimiento. Lo mismo que «Smith & Smith». Fantástico. Luego miró hacia el quiosco. Sí, desde luego: «W. H. Smith e Hijo»; aquél debió ser el punto de partida de la sugerencia, y sus deseos reprimidos se habían encargado del resto.

«Si el niño le estorba, vaya al Rapallo y pregunte por Smith & Smith».

Dejó que sus ojos vagaran por los libros y revistas esparcidos por el mostrador. Allí había algo... sí, en efecto. Un montón de libritos de tapas rojas, con el título en negro: «Vocabulario para sus vacaciones en ITALIA». Aquél era el otro factor de la ecuación. «Italia» había sido la cerilla que iluminó en su mente la palabra «Rapallo».

Satisfecho, dejó caer un chelín encima del mostrador y pidió el *Strand Magazine*. Con la revista debajo del brazo, consultó el reloj de la estación y decidió que tenía el tiempo justo para tomar un ligero refrigerio antes de que saliera su tren. Se dirigió al restaurante, deteniéndose en el camino a comprar un paquete de cigarrillos en otro quiosco, donde la mujer de aspecto decidido estaba aprovisionándose de tabletas de chocolate para combatir la espera del tren de las 9,15. Tressider se dio cuenta, con cierta satisfacción, de que el hombrecillo apocado había optado por la huida, y no le sorprendió demasiado encontrarle en el mostrador del restaurante, sorbiendo apresuradamente algo amarillo que le habían servido en un vaso.

Tardaron un poco en atenderle, ya que frente al mostrador se apiñaba una verdadera multitud. Pero aunque perdiera su tren, salía otro veinte minutos después, y su extraña experiencia le había desconcertado. El anciano caballero con el *Blackwood* coincidió en la puerta con Tressider cuando éste salía del restaurante, y casi tropezó con él. Tressider se disculpó distraídamente de algo que no era culpa suya, y se dirigió a la puerta de entrada a los andenes. Allí hubo otro retraso mientras buscaba su billete, y un mozo que estaba a su lado cargado de maletas perdió la paciencia y le empujó con un breve «Disculpe, señor». Eventualmente, sin embargo, Tressider se encontró en un vagón de primera clase con cuatro minutos en blanco delante de él.

Tiró su sombrero sobre la red, se dejó caer en un asiento e inmediatamente, con una maquinal ansiedad por ahu-

yentar sus propios pensamientos, abrió su revista. Al hacerlo, una tarjeta voló de entre las hojas y cayó sobre sus rodillas. Con una exclamación de impaciencia dirigida contra los anunciantes que llenaban las páginas de las revistas de folletos, recogió la tarjeta con la intención de tirarla debajo del asiento. Una línea de mayúsculas negras retuvo su atención:

### SMITH & SMITH

y debajo, en letras más pequeñas:

#### *Mudanzas*

La tarjeta era de tamaño comercial, y el dorso estaba completamente en blanco. No había ninguna dirección; ninguna explicación. Obedeciendo a un repentino impulso, Tressider cogió su sombrero y corrió hacia la portezuela del vagón. El tren se puso en movimiento en el preciso instante en que Tressider saltaba al andén. Un mozo le gritó:

—Es peligroso apearse del tren en marcha, señor.

—Lo sé, lo sé —dijo Tressider en tono impaciente—. He olvidado una cosa.

Se dirigió apresuradamente a la puerta del andén, murmuró unas palabras al encargado de recoger los billetes, que continuaba allí, y se encaminó al quiosco de los periódicos.

—Deme el *Strand Magazine* —pidió; y luego, creyendo captar una expresión de asombro en los ojos del dependiente, añadió—: He perdido el otro.

El dependiente no dijo nada; se limitó a entregarle la revista y a aceptar el chelín de Tressider. En aquel momento, Tressider se dio cuenta de que seguía sosteniendo debajo del brazo el otro ejemplar del *Strand*. Bueno, dejaría que el hombre pensara lo que quisiera.

Incapaz de esperar, entró en la sala de espera general y sacudió el nuevo *Strand*, poniéndolo boca abajo. Cayeron varios folletos: uno acerca de la enseñanza de idiomas por medio de discos, otro sobre seguros, otro sobre ventas a plazos. Tressider los recogió y volvió a tirarlos. Luego examinó la revista, página por página. No había ninguna tarjeta con el nombre «Smith & Smith».

Se quedó en pie, temblando, a la polvorienta luz de gas de la sala de espera. ¿Había imaginado la tarjeta? ¿Le estaba gastando una broma pesada su propio cerebro? No podía recordar lo que había hecho con la tarjeta. Rebuscó en todos sus bolsillos. No estaba allí. Debió dejarla en el tren.

*Tenía que haberla dejado en el tren.*

El sudor empapaba su frente. Volverse loco era algo terrible. Si no hubiera visto la tarjeta..., pero él la había, visto. Recordaba claramente la forma y el espaciado de las negras mayúsculas.

Al cabo de unos instantes se le ocurrió una idea. Una firma que se anunciaba debía tener una dirección, tal vez un número de teléfono. Aunque no necesariamente en Londres, desde luego. Aquellas revistas circulaban por todo el mundo. ¿Qué utilidad podía tener el anunciar sin indicar una dirección? Sin embargo, debía comprobarlo. Las palabras «Smith & Smith – Mudanzas» en el Listín Telefónico de Londres le tranquilizarían considerablemente.

Entró en la cabina de teléfonos más próxima. El listín colgaba de su recia cadena. Al abrirlo, Tressider se dio cuenta de los centenares de firmas llamadas «Smith & Smith» que existían en Londres. Sin embargo, perseveró, y al final se vio recompensado al encontrar un abonado: «Smith & Smith, Mudanzas y Acarreos», con una dirección en Greenwich.

Aquello tenía que haberle dejado satisfecho, pero no fue así. No podía creer que una empresa de mudanzas y acarreo de Greenwich se anunciara, sin dirección, en una revista de circulación mundial. Esa clase de publicidad sólo

podían permitírsela las empresas muy importantes. Y, además, en el segundo *Strand* no había ningún anuncio.

Entonces, ¿cómo había llegado allí la tarjeta? ¿La habría metido en la revista el dependiente del quiosco? ¿O la mujer de aspecto decidido que estuvo a su lado en el quiosco del tabaco? ¿O el hombrecillo apocado que sorbía whisky con soda en el mostrador del restaurante? ¿O el anciano caballero que había tropezado con él en la puerta? ¿O el mozo que le había empujado en la puerta de entrada al andén? Recordó súbitamente que aquellas cinco personas estaban cerca de él cuando oyó el extraño susurro:

«Si el niño le estorba, vaya al Rapallo y pregunte por Smith & Smith».

Ávidamente, volvió las páginas del listín telefónico hasta encontrar la letra R.

Allí estaba. Esta vez no cabían dudas.

«Rapallo's. Sandwich and Cocktail Bar»

El establecimiento se encontraba en la Conduit Street.

Un minuto más tarde, Tressider paraba un taxi delante de la estación. Su esposa estaría esperándole, pero tendría que esperar. No era la primera vez que Tressider se veía retenido por algún asunto.

El establecimiento era pequeño, pero no tenía nada de siniestro. Unas mesitas con manteles blancos, muy limpios, y luces individuales, y un gran mostrador de caoba, cuyo amplio semicírculo ocupaba casi la mitad del espacio disponible. La puerta se cerró detrás de Tressider con un agradable *click*. Se acercó al mostrador y, con una indescriptible emoción, le dijo al barman:

—Me han dicho que venga aquí y pregunte por los señores Smith & Smith.

—¿De parte de quién, señor? —preguntó el barman, sin demostrar la menor sorpresa.